

HONOR Y CLASE: UNA PRODUCCIÓN VIOLENTA DE MASCULINIDADES HONORABLES DEL NARCOTRÁFICO Y LA NARCOCULTURA EN MÉXICO

Recibido: 13 enero 2021 Aprobado: 9 abril 2021*

MARCO ALEJANDRO NÚÑEZ-GONZÁLEZ

Universidad Autónoma de Sinaloa

marconunez@uas.edu.mx

Resumen

El narcotráfico y la narcocultura en México repercuten en millones de personas y las masculinidades intervienen en la dinámica de estos fenómenos. El objetivo de esta investigación consistió en comprender cómo las nociones de clase y honor producen distintas masculinidades en los espacios del narcotráfico y la narcocultura. Como metodología, desde la sociología comprensiva se analizaron entrevistas, etnografías virtuales y una base de narcocorridos. Los resultados muestran que la clase y el honor generan seis tipos de masculinidades: los pesados honorables y deshonorados, los pesadillos honorables y deshonorados, los tacuaches honorables y deshonorados. En este sentido, se observó que las clases dominantes usan el poder para conservar sus capitales y la violencia para condicionar performances masculinos honorables en las clases dominadas.

Palabras clave: masculinidades, narcotráfico, narcocultura, clase, honor.

Abstract

Drug trafficking and narcoculture in Mexico affect millions of people and masculinities intervene in the dynamics of these phenomena. Based on empirical findings, the objective of this research was to understand how class and honor produce different masculinities, practices and relationships between men. Three interviews were used, three virtual ethnographies and 12,000 drug ballads, a qualitative content analysis and a phenomenological understanding were applied. The results show that class and honor generate six types of masculinities, the dominant classes to preserve their capitals use power and violence to condition the honorable male performances of the dominated class, giving these behaviors a rational meaning and not only with according to values, since practicing them allows us to

preserve safety in this industry. This shows the power of drug trafficking over male bodies and partly contradicts the apologetic narrative of drug culture.

Keywords: masculinities, drug trafficking, narcoculture, class, honor

INTRODUCCIÓN

El narcotráfico en México tiene una historia de aproximadamente 100 años y sus inicios se ubican en el norte de este territorio. Los pequeños productores evolucionaron hasta convertirse en grandes organizaciones transnacionales conocidas como cárteles. Esta industria tiene impactos sociales de gran alcance, como violencia, inseguridad, corrupción gubernamental, adicciones, control de territorios, procesos de migración forzada, lavado de dinero y muchos más.

Una de las repercusiones del narcotráfico en México es la narcocultura. América Becerra (2018) señala que son aquellos significados justificadores de la existencia de esta actividad delictiva al simbolizar positivamente diversos elementos de este mundo social, como las armas, el dinero o la violencia. La autora señala que estos significados legitimadores pueden estar anclados a mercancías como canciones, películas o series televisivas, las cuales conforman una industria cultural consumida por millones de personas y algunas producciones alcanzan los primeros puestos de popularidad. Sin embargo, es conveniente señalar que el término de narcocultura fue creado fuera de la academia y su especificidad es variable; para este trabajo retomamos la propuesta de Becerra, la cual permite entenderla como un conjunto de significados en torno a la legitimación de esta actividad delictiva, y no solo existen en mercancías audiovisuales sino también como parte de las creencias compartidas entre los miembros de los grupos sociales.

Por su relevancia, tanto el narcotráfico como la narcocultura son analizados continuamente por la comunidad académica. Entre las perspectivas de estudio de estos fenómenos están los estudios de género, los cuales proponen la existencia de una pedagogía de género en los cuerpos a partir de su sexo biológico y esto produce un binarismo sexual que establece relaciones de dominación entre el macho/masculino/hombre sobre la hembra/femenina/mujer y las demás identidades sexo-généricas más allá de este binarismo. El análisis de esta estructura ayuda a entender la vida de los

grupos sociales, pues produce entre sus participantes interacciones, expectativas, roles, subjetividades, identidades, deseos, jerarquías y más (Núñez, 2016).

Existen tres enfoques principales para estudiar el género: el feminista, el de la diversidad sexual, y en los estudios de los hombres y las masculinidades (Núñez, 2016). La última perspectiva tiene relevancia por el rol central de los varones en esta actividad delictiva y mercancías de la narcocultura; por ejemplo, Cruz (2011) apunta que los hombres jóvenes son el grupo donde se presentan más homicidios en esta actividad; por su parte Miller, Barrios y Arroyave (2019) señalan a las mercancías de la narcocultura con un carácter marcadamente androcéntrico pues los hombres son quienes producen y protagonizan estos productos.

El concepto de masculinidad se refiere a una identidad única y el término de masculinidades visibiliza la diversidad de hombres que existen a partir de categorías como la clase, raza, etnia, edad, nacionalidad y otras más (Hernández-Hernández, 2008). Por ello, los estudios de género de los hombres y las masculinidades estudian cómo los significados y prácticas sobre la hombría construyen distintas formas de ser hombre en determinadas sociedades (Núñez, 2016). Por lo tanto, las masculinidades moldean las experiencias de los hombres, sus prácticas, identidades e interacciones, pero también la vida de las sociedades: de allí la relevancia de su análisis (Minello, 2011).

De acuerdo con Núñez y Espinoza (2017) el narcotráfico es un dispositivo de poder sexo-genérico que hace género entre sus miembros con características hetero/patriarcales y resulta ser una dimensión fundamental para la operación de esta industria, pues mediante estas identidades posibilitan la reproducción de los capitales. Así, las masculinidades construidas por el narcotráfico se relacionan a la violencia, el poder, la riqueza, los excesos y los placeres; además, dicha industria posibilita estos performances masculinos y es uno de los motivantes por los cuales los hombres se incorporan a este sistema.

Ante esto, es importante señalar el contexto de desarrollo del narcotráfico y la narcocultura en México se caracteriza por ser espacios patriarcales, capitalistas y con fuerte apego a la defensa del honor. Rubin (1986) señala que el género instaaura un sistema de relaciones sociales patriarcales a partir de los cuerpos y el sexo biológico, además propone que el capitalismo retomó estas formas

de organización social y las adaptó a este modo de producción social, por ello consideramos que la clase económica cobró relevancia en relación al género. Además, de acuerdo a Bradley Tatar (2010), en la narcocultura en México existe un fuerte sentido del honor relacionado a los territorios del norte, los cuales en las épocas de conquista utilizaban el honor como una forma de control social. Por ello consideramos que las categorías de clase y honor forman parte de los modelos hegemónicos del narcotráfico y la narcocultura en México.

Esto resulta clave pues en trabajo de campo recopilado para investigaciones anteriores se detectó una intersección entre las categorías de la clase y el honor, las cuales producen una diversidad de hombres y masculinidades en el narcotráfico y la narcocultura, lo que da sentido a algunas interacciones de poder y violencia ocurridas en estos espacios. Al revisar la literatura, se detectó que la clase y el honor han sido analizadas de forma individual pero no de manera conjunta. Además, los estudios disponibles se han enfocado en conocer las cualidades comunes en las masculinidades en estos ámbitos, pero no han profundizado en la diversidad de hombres que es posible encontrar en estos espacios.

Ante lo anterior, la pregunta de investigación fue ¿cómo la clase y el honor generan distintas masculinidades en el narcotráfico y la narcocultura, y propician relaciones de violencia y poder entre los hombres? Para el análisis se contemplaron tres entrevistas a profundidad, una base de datos de aproximadamente 12,000 narcocorridos y 3 sitios de redes sociales para realizar etnografía virtual. A las tres fuentes de información se les aplicó un análisis de contenido cualitativo y una interpretación fenomenológica para dar respuesta a la pregunta planteada.

Para el análisis se construyó un aparato teórico con las categorías de campos sociales, capitales y clases sociales de Pierre Bourdieu, además de conceptos relacionados a los estudios de género como el de sistema sexo-género, masculinidades y performances. Por último, se propuso el concepto de performances masculinos honorables o deshonorosos, al observar que algunas prácticas masculinas producen honor a los hombres que se conducen bajo las expectativas de comportamiento de un grupo social y están contenidas en las nociones de virtudes, ética, valores y moral.

Mediante el aparato teórico conceptual, el narcotráfico y la narcocultura se interpretó como un campo social con clases masculinas que se diferencian entre sí por el volumen total de los capitales poseídos y la presencia o ausencia del capital simbólico de honor, el cual se adquiere mediante prácticas performativas masculinas que denotan las virtudes, la ética, los valores o la moral que existen en estos espacios.

Los resultados proponen la existencia de seis masculinidades a partir de la intersección entre clase y honor masculino: los pesados-viejones, los pesados-mangueras, los pesadillos-viejones, los pesadillos-mangueras, los tacuaches-viejones y los tacuaches-mangueras. Los pesados y pesadillos tienen determinada cantidad de capitales que les otorga una posición de poder sobre los tacuaches al poseer pocos capitales. Las jerarquías de poder otorgan a las clases superiores la figura de patriarca en los grupos de hombres, y son ellos quienes establecen los comportamientos honorables deseados y sancionan su transgresión mediante relaciones de violencia.

Aunque los resultados coinciden con las investigaciones que muestran la existencia en el narcotráfico y la narcocultura de prácticas performativas con rasgos de una masculinidad honorable por demostrar las virtudes, ética, valores y seguimiento de la moral, el hallazgo más interesante es que algunas de estas prácticas son producto del mecanismo de poder y violencia resultante de la intersección entre clase y honor. Esto revela al narcotráfico como un dispositivo de poder sexo-genérico que produce las masculinidades que le son útiles para asegurar la conservación, reproducción e incremento de sus capitales (Núñez & Espinoza, 2017), en este caso el honor.

Interpretar las prácticas de honor masculino como un requerimiento del sistema sexo-género del narcotráfico, revela el control que existe en esta industria ilegal sobre los cuerpos de los hombres, pues en caso de no cumplir con estos cánones sociales ellos pueden ser violentados de manera extrema desde golpes, intimidaciones, homicidio o asesinato de familiares. La idea de una honorabilidad forzada contrarresta las narrativas de la narcocultura que significan los comportamientos masculinos como individuales, legítimos, admirables y honorables, lo que a su vez contrarresta el discurso honorable de la narcocultura y las implicaciones que estos puedan tener en el grueso poblacional.

MARCO TEÓRICO

SISTEMA SEXO-GÉNERO, MASCULINIDADES Y PRÁCTICAS PERFORMATIVAS

El género corresponde a una serie de símbolos relacionados a las diferencias de los cuerpos y los sexos, que asigna a los varones una cultura masculina y a las hembras una femenina, esto produce socialmente hombres y mujeres (de Lauretis, 1989). El género como categoría científica señala que el binarismo sexual impuesto instauro un sistema sexo-género el cual produce una organización social a partir de un sistema de relaciones jerárquicas, identidades, prácticas, subjetividades, formas de organización social y más dinámicas sociales que pondera lo masculino sobre lo femenino (Butler, 1990; Rubin, 1975; Scott, 1996).

Para Bourdieu (2000) el género implica un esquema de oposiciones homólogas que traza el límite entre lo masculino y lo femenino, otorgando a la masculinidad los polos dominantes de estas dicotomías: alto/bajo, arriba/abajo, delante/detrás, derecha/izquierda, recto/curvo, seco/húmedo, duro/blando, sazonado/soso, claro/oscurο, público/privado, fuera/dentro, salir/entrar, entre otras. Esta dicotomía produce los “artefactos sociales” que son los hombres viriles o las mujeres femeninas, y dicho sistema se encuentra inscrito en el cuerpo en forma de habitus, en lo más profundo de las disposiciones corporales.

Minello (2011) dice que la masculinidad moldea la vida de los hombres, sus relaciones sociales, sus prácticas, sus experiencias, su cotidianeidad, identidad y muchos aspectos más. Hernández-Hernández (2008) señala que el concepto de masculinidad conlleva la noción de una identidad única la cual debe pensarse en plural para contemplar la multiplicidad de hombres y masculinidades que existen. Connell, Hearn y Kimmel (2014) apuntan que las estructuras sociales configuran de manera distinta la vida de los hombres, como la raza, la clase, etnia, edad, nacionalidad y otras más.

Desde la perspectiva performativa, Judith Butler (1990) considera que las identidades de género no son estables en el tiempo y estas se construyen a partir de performances reiterativos. De esta manera, las categorías de hombre y mujer se observan en prácticas recurrentes relacionadas a uno de los dos polos. Sin embargo, Butler señala que el género puede disputarse a través de prácticas disruptivas que cuestionan las identidades hegemónicas desde un acto de agencia, y ante esta perspectiva el género se puede deshacer. Salvador Cruz (2014) retoma la perspectiva performativa

de Butler para el estudio de las masculinidades y propone el concepto de prácticas performativas de la masculinidad, las cuales son aquellos actos que denotan masculinidad, como riesgo, avasallamiento, provocación, intimidación y más. Así, desde este enfoque las masculinidades se observan en las acciones reiterativas.

CLASE, HONOR Y MASCULINIDADES

La clase es un sistema de estratificación central en el análisis sociológico. Se refiere a las divisiones económicas que existen en la estructura de una sociedad y las inequidades que esta genera; difiere del estatus pues este se ocupa del prestigio o la estima. La clase coexiste con otras estructuras y generan una organización social jerarquizada, lo que produce distintos hombres y masculinidades (Morgan, 2005). La clase es una de las dimensiones de las masculinidades dominantes, muestra la división sexual del trabajo con respecto a las mujeres, pero también con otros hombres (Flores, 2010). Esta posición jerárquica confiere autoridad y poder que permite establecer relaciones de dominación (Darhendorf, 1962), es decir, un control sobre los cuerpos.

Para Bourdieu, las clases son un "conjunto de agentes ocupando posiciones similares que, situados en condiciones similares y sometidos a condicionamientos similares, tienen todas las posibilidades de tener disposiciones e intereses similares, luego de producir prácticas similares y parecidas tomas de posición" (1989, p. 30). La posición se consigue a partir de el volumen total de los capitales y los tipos de capitales poseídos y pueden ser: 1) económicos: como el dinero o recursos materiales, 2) sociales: son los vínculos sociales les permite el acceso a los capitales de los otros agentes; 3) culturales: pueden ser conocimientos interiorizados o reconocidos por organizaciones sociales; 4) simbólicos: que son significados anclados a los agentes del campo, como la masculinidad. Uno de los aspectos claves de la noción de clases en la perspectiva bourdiana es que estas no se conforman únicamente a partir de los capitales económicos como en la tradición marxista, pues propone e incorpora otros tres capitales y a partir de ellos se estructuran las clases de un campo social.

En este ámbito de términos, para el sociólogo francés el espacio social es un esquema gráfico parecido a un plano cartesiano de dos ejes, que representa visualmente las clases del campo a partir de las dos distinciones de capitales descritas. Señala que entre estas clases sociales existen

posiciones de jerarquía y relaciones de fuerza que caracterizan a los campos sociales, y aunque disputan los capitales entre sí, los conflictos no deben ser necesariamente abiertos. Además, entre los miembros de una clase no debe existir un reconocimiento entre sus integrantes y no tienen un objetivo en común. Por lo tanto, el concepto de clases desde esta perspectiva permite visibilizar a los agentes que son similares entre sí y distintos a los demás, y que por sus posiciones tienen similares condiciones de vida, no solo a partir de los capitales económicos sino del conjunto de ellos.

Bourdieu (2000) señala al honor como una de las características atribuidas a los hombres y a la masculinidad, que refiere como una virilidad ética, un sistema de exigencias, o una fuerza superior gobernante de los hombres sin obligarlos mecánicamente. El honor produce hombres honorables, de acciones nobles, con prácticas que permiten a los hombres obtener y reproducir el capital simbólico de una masculinidad honorable. Por ejemplo, Núñez (2013) muestra como en comunidades rurales de Sonora, México existen los hombres serios y los léperos, los primeros relacionados a prácticas honorables y los segundos con performances deshonorables de masculinidad.

Respecto al honor, Alonso (1997) señala que todas las clases económicas pueden aspirar a este estatus, pues los recursos de las clases solo establecen expectativas y límites de las prácticas consideradas honorables. Peristiany (1965) dice que en una sociedad, las pautas de comportamiento otorgan honor como premio a las personas cuando las llevan a cabo, y vergüenza a quien no las ejecuta de tal modo. Para Pitt-Rivers (1965) el honor es un fenómeno social, pues requiere de testigos para que sea otorgado; por ello, otorga respeto o reconocimiento de los otros.

VIRTUDES, ÉTICA, VALORES Y MORAL

En los comportamientos esperados por una sociedad se pueden observar las siguientes categorías: virtudes, ética, valores y moral. Esta propuesta surgió del análisis de los narcocorridos que se desglosan en los resultados, pues los comportamientos que son reconocidos como positivos en los narcocorridos se relacionan a las cuatro categorías mencionadas.

Primero, de acuerdo a Aristóteles (2001) la felicidad entendida no como un estado anímico o emocional, sino como la más excelente clase de vida se alcanza mediante el “ejercicio de las actividades del alma de acuerdo con la excelencia o virtud” (p. 16). Las virtudes son justos medios,

cuando mediante la razón las personas evitan caer en los excesos y obran en tiempo, ocasión y modo correcto.

Aristóteles (2001) refiere cuatro virtudes: prudencia, valentía, templanza y justicia. Rachels y Rachels (2011) señalan que las virtudes permiten observar a las personas desde una concepción de lo que es una buena persona y añade a la lista de virtudes aspectos como benevolencia, justicia, paciencia, civilidad, amistad, prudencia, compasión, generosidad, sensatez, escrupulosidad, honestidad, autodisciplina, cooperatividad, laboriosidad, autosuficiencia, coraje, justicia, tacto, cortesía, lealtad, consideración, confianza, moderación y tolerancia.

Por otro lado, Maturana (1992, 2016) señala que los valores son configuraciones relacionales para la convivencia, como la honestidad, cooperación, respeto, lealtad, generosidad, responsabilidad, justicia y muchos más. La ética se basa en conductas que evitan dañar al otro a partir de su legitimidad, mientras que la moral se enfoca en el conjunto de reglas que tiene una comunidad. Los comportamientos que van en contra de las virtudes, los valores, la ética o la moral generan sanciones del resto de la sociedad, lo que lo vuelve un mecanismo para controlar el comportamiento de las personas.

ESTADO DEL ARTE

TIPOS DE MASCULINIDADES, CLASE Y HONOR EN LOS ESTUDIOS DEL NARCOTRÁFICO Y LA NARCOCULTURA

La literatura muestra que en estos espacios las masculinidades se distinguen por: 1) el rol laboral desempeñado en esta actividad (Córdova & Hernández, 2017); 2) la pertenencia a cierta categoría social, como la raza (Valencia & Sepúlveda, 2016); 3) el performance de una práctica masculina, por ejemplo la violencia (Cruz, 2014); 4) la encarnación de figuras características de estos espacios, como los narcojuniors (Nuño-Parra et al., 2019); 5) un modelo teórico a partir de las prácticas observadas en ellos, como el de las masculinidades sensibles (Vásquez, 2017b).

Los estudios disponibles señalan que las prácticas performativas de masculinidad que estimulan este sistema sexo-género son aquellas relacionadas a la valentía (Tatar, 2010; Valenzuela, 2002),

violencia (Dominguez, 2017; Parrini, 2016; Valencia, 2010), supresión emocional (Córdova & Hernández, 2017; Vásquez, 2017a), androcentrismo (Núñez-González, 2017), heterosexualidad (Hernández-Hernández, 2012; Meneses, 2015; Núñez, 2017), honor (Giraldo, 2016; Núñez-González & Núñez, 2019; Solís, 2018; Valencia, 2016; Vásquez, 2018) y riqueza (Núñez-González, 2018).

Aunque no se encontraron investigaciones que analicen cómo la intersección entre clase y honor generan diferentes masculinidades, se rastrearon investigaciones donde se analizan ambas categorías por separado y algunas proposiciones sobre su relación. En el narcotráfico, la clase se forma a partir de cinco capitales: económicos, sociales, culturales, simbólicos y bélicos (Núñez-González & Núñez, 2019). A partir de la distribución de los capitales se proponen tres clases: 1) la clase alta, representada por los “jefes de jefes” (Dominguez, 2017) o “pesados” (Núñez-González, 2018) que se caracteriza por tener vastedad de capitales que les confieren poder; 2) una clase baja, integrada por halcones, punteros, vendedores al menudeo que integran los eslabones más bajos y obtienen menor sueldo, les llaman “tacuaches” y se les dificulta cumplir los modelos de éxito (Córdova & Hernández, 2017; Muehlmann, 2014; Núñez-González, 2018); 3) una clase media que podrían denominarse “pesadillos”, representada por jefes de comandos o familiares de pesados que tienen acceso a capitales pero no de la magnitud de los jefes de jefes (Núñez-González, 2018; Nuño-Parra et al., 2019).

El control de diferentes capitales permite a los hombres el acceso a lujos y excentricidades (León, 2016; Marmolejo, 2019), pagar para que les compongan narcocorridos (Dominguez, 2015), dominar mujeres (Cabañas, 2012; Pobutsky, 2013), vínculos corruptos con políticos y policías (Pobutsky, 2013), ejércitos armados para seguridad y asesinar (Nuño-Parra et al., 2019), ser el más importante en los lugares (Pobutsky, 2013), tener poder sobre los otros (Biron, 2015), proveer y cuidar a la familia (Biron, 2015), realizar acciones de caridad (Pobutsky, 2013), entre otras acciones.

En el caso del honor, son muchas las virtudes, valores, rasgos éticos o estructuras morales que se pueden rastrear en la literatura; por ejemplo, la valentía, temeridad, el valor de la palabra (Núñez, 2017), honestidad, honradez, silencio y discreción económica (Hernández-Hernández, 2012), abnegación, deber, capacidad para enfrentar el sufrimiento, generosidad, el apego a la familia, la patria y la bondad (Vásquez, 2017a), caridad y generosidad hacia los otros (Pobutsky, 2013), entre otros.

Núñez-González y Núñez (2019) proponen la existencia de una masculinidad honorable que nombran como “viejona”, a partir de observar que los hombres en el narcotráfico y la narcocultura realizan performances masculinos honorables de violencia, androcentrismo e importancia y obtienen respeto por ello. Caso contrario, la masculinidad “manguera” despliega su masculinidad sin honor (Núñez-González, 2017), similar al “gandalla” (Dominguez, 2017) o los villanos (Vásquez, 2017a). En tanto la relación que existe entre clase y honor es posible encontrar una serie de proposiciones teóricas, donde se obtiene honor al realizar las siguientes acciones:

1. Utilizar los capitales para luchar contra los poderes establecidos, como la clase alta y el gobierno (Holguín, 2011).
2. Ser generoso con la población mediante obras de beneficencia o ayudar a otros a resolver problemas (Holguín, 2011; Pobutsky, 2013, Vásquez, 2018).
3. Proveer económicamente a la familia (Biron, 2015).
4. Ser humilde y no presumir los capitales que se poseen (Aragón, 2017; Núñez-González, 2017; Núñez-González & Núñez, 2019).
5. Castigando el jefe las transgresiones morales de los trabajadores, esto para proteger sus intereses económicos (Hernández-Hernández, 2012).
6. Respetando el honor y las propiedades de las masculinidades dominadas, siendo el narcotráfico la masculinidad dominante (Hernández-Hernández, 2019)

Ante la revisión del estado del arte no se encontraron investigaciones que señalen la multiplicidad de masculinidades que surgen a partir de la clase y honor, tampoco profundizan cómo estas imbricaciones producen relaciones de violencia entre los hombres o cómo este mecanismo forma parte del sistema sexo-género que existe en el narcotráfico y la narcocultura a partir del poder que otorga la clase.

MÉTODO

Para la recolección de datos se utilizaron tres técnicas: entrevistas, etnografía virtual e investigación documental. Se utilizaron tres entrevistas a profundidad, conducidas mediante un guión semiestructurado diseñado en torno a la categoría de violencia entre hombres en los espacios

del narcotráfico y la narcocultura; estas entrevistas se realizaron originalmente para una investigación anterior. Las entrevistas ocurrieron de manera fluida, pues se construyó con anterioridad la suficiente confianza para considerar la información fiable. Duraron aproximadamente una hora, se grabaron en audio y fueron transcritas para su posterior análisis; por común acuerdo durante las conversaciones se omitieron datos como nombres o lugares precisos; los que se presentan son ficticios.

La primera entrevista se hizo a Alfredito, un joven no narcotraficante que acostumbraba acudir a fiestas relacionadas a la narcocultura. La segunda entrevista se realizó a María, una mujer joven de 24 años que fue novia de José, un distribuidor de droga al menudeo que tenía 5 empleados y se puede considerar el patriarca de ese grupo de hombres. La tercera entrevista fue realizada a Régulo, un hombre joven escolta de un narcotraficante de medio nivel que transitaba entre los espacios del narcotráfico y la narcocultura. Las entrevistas muestran la vida social desde la perspectiva y posición de las personas entrevistadas, lo que ayudó a comprender cómo ocurren las interacciones en distintos niveles estructurales y desde perspectivas diferentes.

La segunda fuente de información se basó en técnicas de investigación documental y se recopiló una base de datos de aproximadamente 12,000 narcocorridos de 253 agrupaciones musicales rastreadas en Youtube. Se utilizó esta técnica porque se observó que en estas canciones es común la palabra “hombre” seguida de diversos adjetivos como “hombre cabal”, lo que caracteriza a los protagonistas de las canciones y su masculinidad. Se localizaron 2330 oraciones con la palabra hombre que se categorizaron mediante un análisis de contenido cualitativo inductivo. El resultado permitió construir las siguientes categorías: hombre sencillo, humilde, de ley, derecho, de convicción, decente, cabal, honrado, bueno, bien intencionado, noble, de bien, de valores, respetuoso, fino, atento, servicial, ayuda, agradecido, bondadoso, generoso. Esta serie de categorías empíricas fundamentan los conceptos de nociones de virtudes, ética, valores y moral que existen en la narcocultura. Nuestra propuesta es que estos elementos –tanto teóricos como empíricos– permiten a los hombres en la narcocultura adquirir honor.

Por último, se realizaron observaciones a modo de etnografía virtual en sitios de Facebook y Youtube relacionados a la narcocultura como “El Pirata de Culiacán”, “El Chanito de Culiacán” y “Markitos Toys”, pues se detectó que existían distinciones a partir de la clase y el honor, además de

procesos de poder y violencia relacionados a ellos. Se consideró esta técnica porque los comentarios, fotografías y videos ayudan a comprender las interpretaciones que los asiduos a la narcocultura hacen de las prácticas masculinas.

A la información se le aplicó un análisis de contenido cualitativo auxiliado por las categorías descritas en el marco teórico. La triangulación metodológica que surge al emplear tres fuentes de información diferente y la saturación teórica alcanzada mediante el análisis de contenido, permite considerar como válidos los resultados.

Para la interpretación de los resultados se utilizaron nociones de la sociología comprensiva de Max Weber y también de la fenomenología social de Alfred Schutz. Weber (1964) propone que la sociología busca, a través de la interpretación, entender los motivos internos de las acciones sociales para poder explicarlas causalmente. Por ello, el análisis de la acción social pone en el centro la experiencia vivida desde la perspectiva de los propios actores mediante la interpretación del sentido subjetivo y mentado que los propios actores dan a sus comportamientos en relación a los comportamientos o expectativas de los otros. Existen cuatro tipos de acción social: 1) racional con arreglo a fines; 2) racional con arreglo a valores; 3) afectiva y 4) tradicional.

Sin embargo, no solo interesa interpretar la subjetividad, sino también desde la sociofenomenología de Alfred Schütz (1993) se recupera la noción de intersubjetividad para entender que los actores no solo pueden dar sentido a sus acciones sino también a las de los otros, pues se incorporan, aprenden y viven en mundos previamente significados, lo que posibilita compartir el sentido de las acciones con los otros, un sentido común, lo que permite la socialidad entre los sujetos. Así, importa el análisis tanto de la intersubjetividad, como del sentido común y la sociabilidad, no solo de la subjetividad del sujeto sino de los significados del mundo que son compartidos en un grupo y posibilitan la vida cotidiana de los actores sociales. Para el investigador, es necesario desprenderse de las ideas preconcebidas, suspender los valores propios y percibir los de los sujetos analizados para lograr comprenderlos.

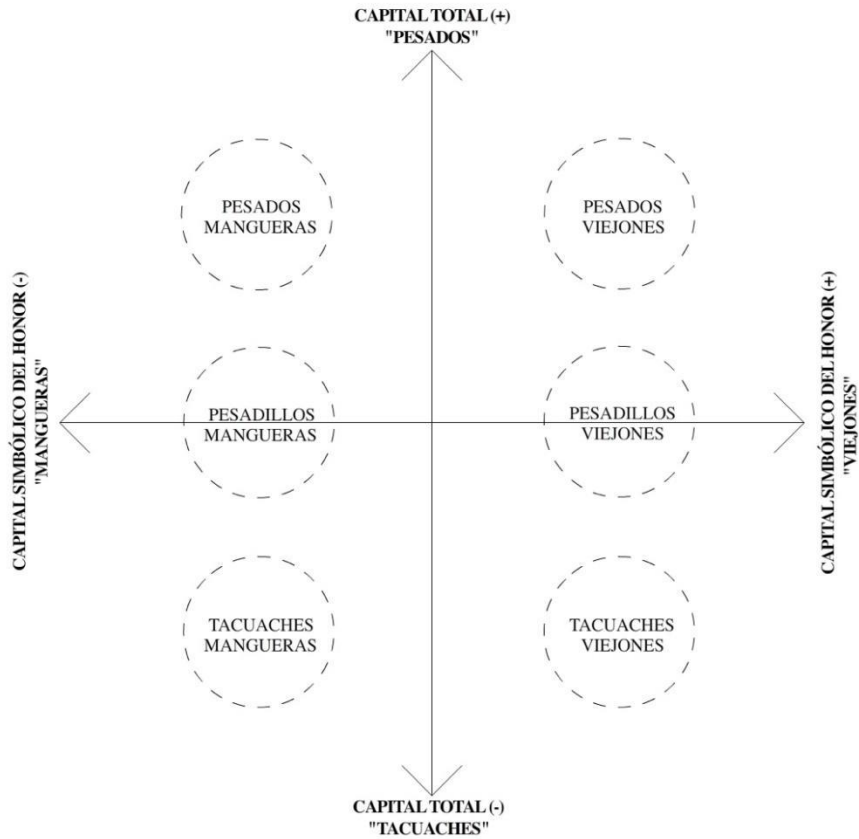
RESULTADOS

Se encontraron cuatro resultados centrales en los que se articula la interpretación y discusión de la investigación. El primer resultado muestra que existen seis masculinidades diferentes a partir del honor y la clase: pesados viejones y mangueras, pesadillos viejones y mangueras, tacuaches viejones y mangueras. En la figura 1, el eje vertical distingue a las clases a partir del volumen total de los capitales que poseen: económico, social, cultural, simbólico y bélico. Los pesados poseen la mayoría de los capitales que se materializan en poder; Domínguez (2017) los identifica como los “jefes de jefes”. Los pesadillos se caracterizan por tener capitales económicos, bélicos y sociales mediante relaciones con los pesados, pero no en el nivel de los pesados, sobre todo las relaciones con políticos y funcionarios. Los tacuaches están bajo el mando de los pesadillos e indirectamente de los pesados, poseen pocos capitales.

El eje horizontal distingue a las clases a partir de la presencia o ausencia del capital simbólico de una masculinidad honorable; la distinción se propone siguiendo a Núñez-González y Núñez (2019) sobre una masculinidad honorable que es la “viejona” y la “manguera” que no lo es. Nuestra propuesta es que este honor se obtiene por las prácticas performativas de la masculinidad que muestren virtudes, ética, valores y apego a la moral.

Figura 1

Espacio social y clases masculinas en el narcotráfico y la narcocultura



El segundo resultado muestra las relaciones de poder y violencia que existen entre estas clases, sobre todo de las clases dominantes sobre los tacuaches manguera. Régulo, escolta de un narcotraficante, relató que en ocasión en un bar no había mesas disponibles y le solicitó una a un hombre joven que tenía tres mesas, lo que Régulo consideró un abuso pues una la usaba para poner la cubeta con cerveza, otra para un ramo de rosas que había comprado para su novia y la tercera donde estaba sentado con su pareja. Régulo señaló que ese hombre se veía presumido y nada humilde, pues era una exageración la cantidad de espacio que estaba usando. Además, no fue cooperativo, cortés o generoso pues se negó a compartir una mesa, además se burló al no prestarla lo que puede considerarse como irrespetuoso. Un mesero se acercó a Régulo y le advirtió que no se metiera con él porque era sicario, revelando que el joven no era discreto sobre su profesión. En ese

momento, la posición que alcanzó el sicario hablador era de poder, y para Régulo, Edén humilló a los otros, lo que consideró reprobable. La interacción entre ellos continuó semanas después:

Régulo: Y ya que pasó eso... como a las dos semanas me habla el patrón, pues yo estaba descansando y me habla: -ey wey, caile [ven], estoy en tal bar- pues ahí voy en la madrugada y ya fui, llegué. Coincidentemente estaba el bato (Edén) (...) resultó que era gente nueva del patrón, que acababa de entrar. Y pues me vio llegar y peló unos ojos acá medio como... valió madre. (...) Llego yo a la mesa del patrón pues, lo estoy tuteando y la chingada, y dije... pues va la mía. (...) Y le dije al patrón: -¿Eh wey, que crees? (...) lo que pasa es que el otra vez fui a un bar y el bato la aplicó así y así... fanfarrón- Y el patrón se me quedó viendo.

Patrón: -¿A poco sí?-

Régulo: Pues ya el bato empezó a decir que sí, que me ubicaba de una fiesta. Pues se agarró el patrón y le dijo: -¿Ah sí? pues vamos a hacer una cosa, vas a quitarte de la mesa, vas a quitar a tu morra, le vas a dar tus dos mesas y te quiero a ti y a tu morra sentados a un lado de él y lo que se le ofrezca tú se lo vas a traer.- (...) No puedo decir que sentí alegría, sino que simplemente yo nomás intenté mandar un mensaje de que no fuera tan cagazón con la raza pues, de que se puede topar raza que ni al caso y no sabe ni que pedo ¿me entiendes? (...) De que él no tenía, a la mejor en ese momento la capacidad económica, pero tenía una capacidad de intentar humillar a la otra raza, wey (...) ¿cuál es la necesidad de decirle a todo el mundo que tienes? Pa' empezar menos en un ambiente de que parece que no, pero todos se fijan, es muy sencillo pues, cuando vayas a un bar y van sobre ti ¿quién es? el que le gusta comprarse cuatro o cinco botellas, si es de los que van a un bar y se compran cuatro o cinco botellas.

La etnografía virtual también muestra este tipo de interacciones en la narcocultura. “Markitos Toys” es un youtuber joven que tiene una buena posición económica con una narrativa que se apega al trabajo y humildad. Ayuda a otros hombres, como “El Pittín” que se encuentra internado en una clínica para tratar su adicción a las drogas y él lo apoya económicamente, al “Jaimico” quien tiene secuelas de meningitis en su infancia, también reparte despensas en asentamientos con pobreza,

prácticas que le confieren honor de parte de los internautas. Por ello se ha ganado la admiración de sus seguidores.

En el video titulado “Aclarando la situación de Jaimico” Los Toys responden algunas acusaciones que les hicieron en un video de que Jaimico se veía triste porque ellos eran abusivos con él, acusaciones que refutan y señalan que Jaimico tiene algunos comportamientos poco honorables, como celar a Markitos, humillar al Pittín o cobrar por mandar saludos a las personas por lo que Marquitos señala que lo regaña porque no tiene necesidad ya que le paga un buen salario, además relata cómo lo ayudó incluso antes de hacerse famoso y ha tratado de educarlo para que se porte bien. Esta dinámica no ocurre con otros dos personajes como “El Chiquete” y “El Vitolias”, que pertenecen a la clase media.

En las dos interacciones se observa la figura del patriarca, que Isis Giraldo (2016) señala que en la narcocultura los hombres se vuelven el centro y disponen de los cuerpos y vidas de las mujeres a su alrededor. Sin embargo, los resultados muestran que esta centralidad también se extiende sobre los hombres, sobre sus cuerpos, sus prácticas y su vida a partir de las posiciones, distancias y distinciones de clase que existen entre ellos. Estos patriarcas evalúan el comportamiento de los hombres y son los encargados de establecer los mecanismos pedagógicos correctivos necesarios en caso de una desviación ética, una especie de paladín de la moral.

Las reprimendas son distintas cuando los hombres no son del mismo grupo, pues al carecer de obediencia se recurre a amenazas de violencia física para controlar a los hombres villanos, una especie de héroe. Por ejemplo, María relató cómo en una discoteca su novio José, quien era un distribuidor de droga al menudeo, la jaló del brazo y se la llevó del lugar en un vehículo. Óscar, amigo de ella, era un pesadillo sobrino de unos pesados y los persiguió en una camioneta llena de hombres armados, pero no logró alcanzarlos. José huyó a prisa de la discoteca porque se percató que Óscar trataría de ayudar a su amiga, y cuando este último le dijo que mataría a su novio si le hacía algún daño, ella señaló que eso era digno de agradecerse, otorgándole una posición honorable.

Alfredito narró que vendió un carro a un cultivador de marihuana y el comprador intentó cancelar la compra, argumentando que era robado, lo que se descartó mediante una verificación vehicular. El comprador insistió hostilmente en devolver el vehículo e intimidó al vendedor, y un

amigo de este último era familiar de un jefe de seguridad del narcotráfico que pidió le avisaran cuando llegara el reclamante para hablar con él. Así ocurrió y cuando el hombre que intentaba intimidar a Alfredo reconoció a aquel pesadillo, desistió de su petición y ya no volvió.

Estas interacciones llevan a reflexionar sobre las relaciones de poder que existen en estos espacios y que –contrario a lo pregonado en las mercancías de la narcocultura donde los protagonistas se describen sin límites y todopoderosos– no se revelan las condiciones de dominación bajo las que viven, de parte de sus mismos patrones, y que se llegan a profesar como lealtad, pero también envuelven un control sobre ellos, sus cuerpos y sus prácticas, a riesgo de ser violentados y ultrajados por el patriarca que los valora y cuida.

El tercer resultado muestra que los pesados y los pesadillos viejones, aunque existe cierta regularidad en sus comportamientos honorables, en ocasiones rompen estos códigos, lo que muestra que ellos pueden comportarse de una u otra manera sin enfrentar repercusiones de las clases inferiores, pero los subordinados sí se ajustan a los lineamientos impuestos por los jefes:

Régulo: Sí, pues éramos más tranquilos (la escolta personal del patrón), era la disciplina pues, de qué cosas que a él no le gustaba cuando andabas con él y había ocasiones que él era el único que las podía hacer y las hacía. (...) Pues de que a veces si te veía, estabas tú en una fiesta, se acercaba una morra (...) y aquel (el patrón) anda sobre ellas o llega y les fanfarronea a las morras pues de que “mira, ya viste mi pinche reloj, como 150 mil dólares y la verga” y le empieza a sacar dinero “y la chamarra original” y la verga, pues eso para mí es fanfarronear pues, pero pues fanfarronea el patrón, y no fanfarronea así en público pues, fanfarronea pa’ la morra que se quiere chingar, a la que le quiere llenar el ojo.

Los resultados muestran que es común que los hombres de todas las clases tengan performances deshonorosos, lo que representa continuas contradicciones entre lo esperado socialmente y lo actuado por los agentes. Las rupturas ocurren para conseguir ciertos capitales, como un estatus de importancia o conquistar mujeres, beneficios individuales más que colectivos. Ainhoa Vásquez (2018) señala que en las novelas de la narcocultura las fronteras éticas son difusas, en ocasiones las acciones de los narcotraficantes se colocan en el lado del bien y en otras en el del mal.

Estas difusas fronteras éticas son posibles para los pesados y pesadillos, pues la distinción de clase genera resultados distintos ya que evita que los pesados sean castigados por ello, contrario a las clases bajas que tienen poco margen para la transgresión a riesgo de castigo del patriarca. Un ejemplo de esto se observa en la investigación de Córdova y Hernández (2017) donde se señala que el jefe de un grupo de sicarios no tuvo repercusiones cuando mandó golpear a uno de sus trabajadores que le solicitó el pago de los sueldos pendientes, lo que representa dos injusticias: la primera, el incumplimiento del pago en los tiempos acordados y la segunda, el abuso de su posición para castigar al trabajador que le reclamó lo justo pero que afectaba sus capitales económicos.

El último hallazgo interesante muestra la utilidad del honor: es lo dicho por Régulo, quien al preguntarle su opinión sobre los fanfarrones contestó que no hay necesidad de hacer ese tipo de acciones, pues ponen en riesgo la vida de los narcotraficantes, lo que muestra que en el narcotráfico las prácticas performativas honorables no solo tienen un sentido con arreglo a valores sino uno racional con arreglo a fines, que es el de preservar la seguridad, retomando las ideas del sentido de la acción social de Weber (1964):

Régulo: ¿Cuál es la necesidad de decirle a todo el mundo que tienes? Pa' empezar menos en un ambiente de que parece que no, pero todos se fijan, es muy sencillo pues, cuando vayas a un bar y van sobre ti ¿quién es? el que le gusta comprarse cuatro o cinco botellas, si es de los que van a un bar y se compran cuatro o cinco botellas.

Hernández-Hernández (2012) encontró en la película "El Infierno" que los patrones exigen a sus trabajadores prácticas de honestidad, lealtad, no delatar o ser discretos, y señala que estos comportamientos son útiles para salvaguardar los intereses económicos del jefe, pues así no lo roban o delatan, recibiendo un castigo si lo llegan a hacer. Lo dicho por Régulo resulta similar; en un ambiente de extrema violencia es conveniente ser precavido, no generar envidias, fricciones, tal vez porque ser así es lo correcto y bueno, pero también porque no serlo pone en riesgo la vida. Esto ilustra una idea del libro contextualizado en el narcotráfico mexicano titulado "La Reina del Sur" de Arturo Pérez Reverte: "Cuando se vive torcido, no hay otra que trabajar derecho".

Ante esto, conviene recordar al narcotráfico como un dispositivo de poder sexo-genérico, como lo hace Núñez y Espinoza (2017) para proponer que una dimensión de las identidades masculinas

que genera son los performances honorables. Con ellos se salvaguardan los capitales de los jefes, se evita la captura o muerte, se asegura la obediencia de los cuerpos como capital bélico y con ello asegura la reproducción de la vida del campo en el narcotráfico. Un sistema de reglas que en el fondo tiene una racionalidad económica, pero que en la forma apelan a los hombres a través de una masculinidad honorable que busca controlarlos.

CONCLUSIONES

Los resultados se organizan en cuatro principales: 1) existen seis masculinidades definidas por su clase y performance masculino honorable; 2) los pesados o pesadillos establecen los lineamientos morales de un grupo y castigan su incumplimiento, lo que les otorga el papel de patriarcas; 3) la transgresión del honor de parte de los pesados o pesadillos no tiene repercusiones, a diferencia de los tacuaches; 4) los performances éticos masculinos también son racionales y no solo tienen arreglo a valores, pues practicarlos permite preservar la seguridad personal en esta industria.

Interrelacionados, estos resultados muestran que en el espacio social del narcotráfico y la narcocultura existen diferentes masculinidades estructuradas a partir del honor y la clase. Esto otorga la posición de poder a los pesados y pesadillos, quienes desempeñan el papel de patriarcas y deciden sobre los cuerpos de los tacuaches, por lo que son los designados para sancionar las transgresiones del honor de las clases inferiores y ellos, al tener la posición dominante no tienen repercusiones, en parte porque forma parte del *habitus* de los agentes del campo, pero también porque los comportamientos deshonorables ponen en peligro los intereses del jefe y del grupo, por lo que se ocupa evitarlos mediante el poder y la violencia. La racionalidad que conlleva portarse correctamente bajo los cánones de las virtudes, valores, ética y la moral, apunta a visibilizar que la exigencia de honor masculino a los hombres es parte del dispositivo de poder sexo-género que permite la reproducción de los capitales de esta industria. Esto ocultaría el miedo y las relaciones de dominación, opresión, violencia que llegan a sentir los hombres en estos espacios, pero que en la narcocultura no se muestran así, narrativa contraria a la que las mercancías de la narcocultura difunden.

Aunque los pocos artículos que reflexionan sobre el honor en el narcotráfico y la narcocultura analizan que son categorías que permiten clasificar las masculinidades en estos espacios y divide a los hombres entre buenos o malos, son nulos los que analizan la manera en que esta dimensión es un mecanismo de un sistema sexo-género que permite el control de los cuerpos masculinos y que las clases altas utilizan sobre las clases bajas del narcotráfico, pues las evidencias muestran el control de los cuerpos de las clases bajas para preservar la seguridad y la ausencia de sanciones a las clases altas. Esta idea permite reflexionar que la vida y el performance masculino de los hombres en el narcotráfico y la narcocultura está condicionada por una serie de relaciones de poder que ponen su vida en peligro si no cumplen con estos cánones.

En tanto a las limitaciones, las evidencias dejan vacío en el conocimiento sobre las relaciones entre los pesados y los pesadillos; además, es conveniente señalar que haría falta más entrevistas con narcotraficantes o personas cercanas a ellos, lo que no es fácil de lograr. Otra objeción posible es que no se propone que todos los hombres sean honorables en todo momento a partir del poder que se ejerce sobre ellos; de hecho, el mismo sistema sexo-género les pide en el narcotráfico ser deshonorosos cuando de enemigos se trata para maximizar la ganancia económica: mayor cantidad de capitales para ganar territorio, sorprender a las víctimas con varias camionetas para asesinarlos, utilizar al Estado para asegurar la destrucción del otro, es decir, se pide honor para con el grupo y deshonor para con los otros.

Esto abre una brecha de preguntas para indagar sus respuestas, pues el análisis se concentra al interior de los grupos de hombres que conforman células en el narcotráfico o grupos de socialización en la narcocultura. Por ejemplo ¿cuándo un pesado transgrede la moral, es sancionado por otro que no forma parte de su organización o priva la lógica económica? ¿las sanciones a los pesados de parte de otros pares, obedece a una búsqueda del restablecimiento moral o a una lógica de expansión económica? O por último ¿cómo es la otredad de los enemigos en las narrativas del narcotráfico y la narcocultura?

REFERENCIAS

- Alonso, A. (1997). *Thread of blood: colonialism, revolution, and gender on Mexico's northern frontier*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Aragón, S. (2017). *Are there any machos in the house? Contemporary manifestations of machismo*. Austin: University of Texas at Austin.
- Aristóteles. (2001). *Ética a Nicómaco* (J. L. Calvo Martínez (trad.)). Madrid: Alianza Editorial.
- Becerra, A. (2018). Investigación documental sobre la narcocultura como objeto de estudio en México. *Revista Culturales*, 6(2018), 1–39.
- Biron, R. (2015). NarCoMedia: Mexican Masculinities. *Letras Hispanas*, 11, 186–199.
- Bourdieu, P. (1989). El espacio social y la génesis de las “clases”. *Estudio sobre las culturas contemporáneas, III* (7), 27–55.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Butler, J. (1990). *Gender trouble: Feminism and the subversion of gender*. New York: Routledge.
- Cabañas, M. (2012). Narcotelenovelas, gender, and globalization in Sin tetas no hay paraíso. *Latin American Perspectives*, 39(3), 74–87. <https://doi.org/10.1177/0094582X11434303>
- Connell, R. W., Hearn, J., & Kimmel, M. (2014). Introduction. En I. SAGE Publications (Ed.), *Handbook of Studies on Men & Masculinities* (pp. 1–13).
- Córdova, R., & Hernández, E. (2017). En la línea de fuego: Construcción de masculinidades en jóvenes tamaulipecos ligados al narco. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 71(2), 559–577.
- Cruz, S. (2011). Homicidio masculino en Ciudad Juárez: Costos de las masculinidades subordinadas. *Frontera norte*, 23(46), 9. <https://doi.org/10.17428/rfn.v23i46.830>
- Cruz, S. (2014). Violencia y jóvenes: pandilla e identidad masculina en Ciudad Juárez. *Revista Mexicana de Sociología*, 613–637.
- Dahrendorf, R. (1962). *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: Ediciones Rialp, S.A.
- de Lauretis, T. (1989). Technologies of Gender. En *Essays on Theory, Film and Fiction* (pp. 1–30). Macmillan Press.
- Dominguez, H. (2015). Atisbos a la subjetividad de los victimarios en el cine y el ciberespacio en México. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 79(36), 93–110.
- Dominguez, H. (2017). Crueldad y masculinidad en las narrativas del narcotráfico en México. En A. Vásquez Mejías (Ed.), *Narcocultura de norte a sur. Una mirada cultural al fenómeno del narco*. (pp. 115–132). UNAM / Universidad Autónoma de Chihuahua / CISAN.
- Flores, J. (2010). Una propuesta teórico metodológica para el estudio de las masculinidades contemporáneas. En *Memorias del IV Congreso Nacional de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres. Prácticas contemporáneas de la sexualidad masculina*. (pp. 122–
- Núñez-González, M. (2021). Honor y clase: una producción violenta de masculinidades honorables del narcotráfico y la narcocultura en México. *A&H, Revista de Artes, Humanidades y Ciencias Sociales* (14). 57- 81.

- 134). Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Fuller, N. (2012). Repensando el machismo latinoamericano. *Masculinities and Social Change*, 114–133.
- Giraldo, I. (2016). Machos y mujeres de armas tomar. Patriarcado y subjetividad femenina en la narco-telenovela colombiana contemporánea. *La Manzana de la Discordia*, 10(1), 67. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v10i1.1596>
- Hernández-Hernández, Ó. (2012). Performance de narcocultura y masculinidad. En Ó. Hernández-Hernández & L. Álvarez (Eds.), *Sociedad y cultura en El infierno. Ensayos sobre una película mexicana* (pp. 33–56). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Hernández-Hernández, Ó. (2019). Autodefensas y masculinidad contestataria en Tamaulipas. *Ra Ximhai*, 15(5), 35–50.
- Hernández, Ó. (2008). Debates y aportes en los estudios sobre masculinidades en México. *Relaciones*, XXIX (116), 231–253.
- Holguín, C. (2011). Dining with the Devil: Identity Formations in Juarez, Mexico. *Identities: Global Studies in Culture and Power*, 18(5), 415–436. <https://doi.org/10.1080/1070289X.2011.654739>
- León, A. (2016). *El movimiento alterado en la ciudad de Querétaro. El performance de una masculinidad juvenil en la narcocultura*. México: El Colegio de México / Centro de Estudios Sociológicos / Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.
- Marmolejo, A. (2019). *The Man Who Had It All but Her : The Construction and Destruction of the Macho Image in Four Mexican Novels (thesis)*. University of Massachusetts Amherst.
- Maturana, H. (1992). *El sentido de lo humano*. Chile: Ediciones Pedagógicas Chilenas. <https://doi.org/10.1007/bf03022132>
- Maturana, H. (2016). *¿Moral o ética?* <https://sonria.com/glossary/moral-etica/>
- Meneses, E. (2015). Masculinidad y contramasculinidad de los narcotraficantes Homosexuales, Femeninos y Queer en el barrio bravo de Tepito. En *VIII Congreso Nacional de la AMEGH La agenda política de los hombres para la construcción de la equidad de género: perspectivas feministas multidisciplinarias*.
- Miller, T., Barrios, M. M., & Arroyave, J. (2019). Prime-time narcos: the Mafia and gender in Colombian television. *Feminist Media Studies*, 19(3), 348–363. <https://doi.org/10.1080/14680777.2018.1434223>
- Minello, N. (2011). Preámbulo. El orden de género y los estudios sobre la masculinidad. En O. M. Hernández, et al. (Ed.), *Masculinidades en el México contemporáneo* (pp. 17–28). México: Plaza y Valdéz Editores.
- Morgan, D. (2005). Class and masculinities. En M. Kimmel, J. Hearn, & R. . Connell (Eds.), *Handbook of Studies on Men & Masculinities* (pp. 165–177). Sage Publications.
- Muehlmann, S. (2014). “When I Wear My Alligator Boots”. En *When I Wear My Alligator Boots: Nacro-Culture in the U.S. Mexico Borderlands*. California: University of California Press.
- Núñez-González, M. (2021). Honor y clase: una producción violenta de masculinidades honorables del narcotráfico y la narcocultura en México. *A&H, Revista de Artes, Humanidades y Ciencias Sociales* (14). 57- 81.

- Núñez-González, M. (2017). Masculinidades en la narcocultura: el machismo, los buchones y los mangueras. *Revista Conjeturas Sociológicas*, 5(14), 109–126.
- Núñez-González, M. (2018). Masculinidades y condición de clase en la narcocultura: los “pesados” y los “tacuaches”. *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 81–96.
- Núñez-González, M., & Núñez, G. (2019). Masculinidades en la narcocultura de México: “los viejones” y el honor. *Región y sociedad*, 31(e1107), 1–23.
- Núñez, G. (2013). *Hombres Sonorenses. Un estudio de género de tres generaciones*. México: Pearson Educación.
- Núñez, G. (2016). Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian? *Culturales*, 9–31.
- Núñez, G. (2017). “El mal ejemplo”: masculinidad, homofobia y narcocultura en México. *El Cotidiano*, 202, 45–58.
- Núñez, G., & Espinoza, C. (2017). El narcotráfico como dispositivo de poder sexo-genérico: crimen organizado, masculinidad y teoría queer. *Estudios de Género de El Colegio de México*, 3(5), 90–128.
- Nuño-Parra, L., Enciso-Arámbula, R., Alejo-Santiago, G., Estrada-Esquivel, A. L., & Aburto-González, C. A. (2019). Masculinidad en narcocorridos del movimiento alterado en México. *Investigación y Ciencia de la Universidad Autónoma de Aguascalientes*, 27(76), 70–80.
- Parrini, R. (2016). *Falotopías. Indagaciones en la crueldad y el deseo*. Bogotá/México: Universidad Central / Universidad Nacional Autónoma de México.
- Peristiany, J. G. (1965). Introduction. En J. G. Peristiany (Ed.), *Honour and Shame. The Values of Mediterranean Society* (pp. 9–18). London: Weidenfeld & Nicolson.
- Pitt-Rivers, J. (1965). Honour and Social Status. En J. G. Peristiany (Ed.), *Honour and Shame. The values of Mediterranean Society* (pp. 19–78). London: Weidenfeld and Nicolson.
- Pobutsky, A. (2013). Peddling Pablo: Escobar’s Cultural Renaissance. *Hispania*, 96(4), 684–699. <https://doi.org/10.1353/hpn.2013.0104>
- Rachels, J., & Rachels, S. (2011). *The Elements of Moral Philosophy* (Seventh Ed). Ney York: McGraw-Hill. <https://doi.org/10.1111/j.1468-0149.1987.tb01234.x>
- Rubin, Gayle; (1975). The Traffic in Women: Notes on the ‘Political Economy’ of Sex. *Toward an Anthropology of Women*, 157–210.
- Rubin, Gayle. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo. *Nueva Antropología*, VIII(30), 95–145.
- Schutz, A. 1993. *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós.
- Scott, J. (1996). El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Ed.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265–302). México: PUEG.
- Solís, O. (2018). *Andar arreglado y vestido a la moda: la masculinidad propuesta por el movimiento*
- Núñez-González, M. (2021). Honor y clase: una producción violenta de masculinidades honorables del narcotráfico y la narcocultura en México. *A&H, Revista de Artes, Humanidades y Ciencias Sociales* (14). 57- 81.

- alterado* (L. Ayala & L. Rodríguez (eds.)). Universidad Autónoma de Querétaro / Colofón.
- Tatar, B. (2010). Hombres Bravos, Mujeres Bravas: Gender and Violence in the Mexican Corrido. *Asian Journal of Latin American Studies*, 23(4), 83–117.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo Gore*. Madrid: Editorial Melusina S.L.
- Valencia, S. (2016). Género(s) y narcocultura. En J. C. Ramírez Pimienta (ed.), *Camelia la texana y otras mujeres de la narcocultura* (pp. 239–262). Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Valencia, S., & Sepúlveda, K. (2016). Del fascinante fascismo a la fascinante violencia: Psico/Bio/Necro/Política y Mercado Gore. *Mitologías hoy*, 14, 75–91.
- Valenzuela, J. (2002). *Jefe de jefes*. México: El Colegio de la Frontera Norte, A.C.
- Vásquez, A. (2017a). Los narcos también lloran: narcoseries y melodrama. En A. Vásquez Mejías (Ed.), *Narcocultura de norte a sur. Una mirada cultural al fenómeno del narco*. (pp. 201–223). México: CISAN-UNAM/UACH.
- Vásquez, A. (2017b). Narcoseries: machos sensibles y mujeres poderosas. *Hispanorama*, August, 4–8.
- Vásquez, A. (2018). Esas difusas fronteras éticas. El Zurdo Mendieta en la narco-literatura de Élmer Mendoza. *Visitas al patio*, 12, 227–240.
- Weber, M. (1964). *Economía y sociedad* (Segunda ed). México: Fondo de Cultura Económica.